

Capitán

Mi padre, Mario Cabrera, fue el primer supervisor que tuvo la Escuela en una época en que todavía no había guardias contratados. Por esta razón, en 1967, nos trasladamos como familia a una casa colindante cedida por la universidad, para realizar esta función de cuidado, priorizando la supervisión del recinto durante las noches y los fines de semana, cuando las actividades académicas se interrumpían.

Así, mi infancia y mi adolescencia transcurrieron en los patios de Matta 12, compartiendo con los viejos profesores y generaciones de alumnos que me vieron crecer.

En esos años nos hicimos de un perro hermoso, con rasgos de pastor alemán, que mucha gente conoció: se llamaba Capitán. El perrito solo aprendió las artes de la vigilancia orientado por las horas de clases; es decir, de ocho de la mañana a ocho de la noche. Capitán era un perro común y corriente, pero fuera de ese horario se convertía en un perro guardián. Incluso después de un robo importante que hubo en la Escuela, que llevó a contratar vigilancia nocturna, el perro se sumó a las rondas guiando a los guardias en sus recorridos. La confianza en el conocimiento e intuición del perro en ese aspecto era total, pero también hubo algunos chascarros protagonizados por alguna que otra víctima de este animalito.

Recuerdo el caso de Mario Ferrer, profesor del Instituto de Arte, que en **1979** impartía un taller de cine para el cual se debía trasladar desde el Instituto —que entonces se encontraba en la esquina de Amunátegui con Latorre— a las dependencias de la Escuela, y al parecer en algún momento el perro le hizo una «desconocida», generándole temor y desconfianza. Cada vez que venía a hacer su curso, desde nuestra casa notábamos que se quedaba

parado a unos metros de distancia esperando que alguno de nosotros lo socorriera y le ayudara a pasar. Un día, mi papá le sugirió que para revertir la situación sobornara al perro con una golosina, a lo que Ferrer accedió con «la técnica del Súper 8». Gracias a este sistema —imitado por muchos otros— logró «aguacharlo», y desde entonces, cada vez que el perro lo veía, salía disparado a recibir su premio moviendo la cola. El problema es que la relación entre el profesor y el perro se volvió un poco viciosa: si este, que se paseaba libremente por todo el recinto, lo veía sentado en la cafetería a la hora de once, después de su clase, iba y se le instalaba al lado, y no se despegaba de sus piernas hasta recibir algo de comida.

Otro accidente con Capitán lo tuvo Manuel Casanueva cuando era estudiante: un día quiso entregar su trabajo fuera de tiempo y como nadie le abría la puerta, no encontró nada mejor que treparse, sin contemplar que a esa hora el perro ya andaba en su rol de guardián. Cuando estaba a punto de llegar al hall de entrada de la casa, se percató de que Capitán iba directo hacia él hecho una bala, y sin pensarlo dos veces salió despavorido de vuelta a la calle. Nunca se pudo explicar cómo hizo para saltar de una zancada el portón completo.

Capitán nació y murió en la escuela, y fue enterrado en la quebrada a los pies del taller de Ricardo Lang.

Mario Cabrera López